



El Cristo de los Favores

(Leyenda Noruega)

El viejo Haakón cuidaba una ermita. En ella se conservaba un Cristo muy venerado que recibía el significativo nombre de «Cristo de los Favores». Todos acudían para pedirle ayuda.

Un día también el ermitaño Haakón decidió solicitar un favor y, arrodillado ante la imagen, dijo:

—Señor, quiero padecer por ti. Déjame ocupar tu puesto. Quiero reemplazarte en la cruz.

Se quedó quieto, con los ojos puestos en la imagen, esperando una respuesta. De repente -¡oh maravilla!- vio que el Crucificado empezaba a mover los labios y le dijo:

—Amigo mío, accedo a tu deseo, pero ha de ser con una condición: suceda lo que suceda y veas lo que veas, has de guardar siempre silencio.

—Te lo prometo, Señor.

Y se efectuó el cambio. Nadie se dio cuenta de que era Haakón quien estaba en la cruz, sostenido por los cuatro clavos, y que el Señor ocupaba el puesto del ermitaño. Los devotos seguían desfilando pidiendo favores y Haakón, fiel a su promesa, callaba.

Hasta que un día... Llegó un ricachón y, después de haber orado, dejó allí olvidada su bolsa. Haakón lo vio, pero guardó silencio. Tampoco dijo nada cuando un pobre, que vino dos horas más tarde, se apropió de la bolsa del rico. Igualmente tampoco dijo nada cuando, poco después, un muchacho se postró ante él para pedir su protección antes de emprender un viaje. Sin embargo no pudo contenerse cuando vio regresar al hombre rico quien, creyendo que era ese muchacho el que se había apoderado de la bolsa, insistía en denunciarlo.

Se oyó entonces una voz fuerte:

—¡Detente!

Ambos miraron hacia arriba y vieron que era la imagen la que había gritado. Haakón aclaró cómo habían ocurrido realmente las cosas. El rico quedó anonadado y salió de la ermita. El joven salió también porque tenía prisa para emprender su viaje. Cuando por fin la ermita quedó sola, Cristo se dirigió a Haakón y le dijo:

—Baja de la cruz. No vales para ocupar mi puesto. No has sabido guardar silencio.

—Señor—dijo Haakón confundido—, ¿cómo iba a permitir esa injusticia? Y Cristo le contestó:

—Tú no sabías que al rico le convenía perder la bolsa, pues llevaba en ella el precio para humillar a una muchacha. El pobre, en cambio, tenía necesidad de ese dinero e hizo bien en llevárselo. En cuanto al muchacho último, si hubiera quedado retenido en la ermita no habría llegado a tiempo de embarcar y habría salvado la vida, porque has de saber que en estos momentos su barco está hundiéndose en alta mar.

